

PQ7297

C 377

F 4
1863

PERSONAJES.

Lola Rubio.....	Sra. Doña Pilar Senoslain de Prieto
Nicolas Molina.....	C. Emeterio Robles Gil
Antonio Rubio.....	Antonio Pérez Verdía
José María Pérez.....	Pedro J. Olasagarre.
Facundo Barrera.....	Salvador Brihuega.
Donaciano Leon de Castilla.....	Joaquin Castaños.
William Printseller.....	Benito Gómez Farías.
Napoleon Blaguefort.....	José María Castaños.
Juan.....	Agustin Quevedo.
Pedro.....	Ignacio Madrid.

ACTORES.

La escena pasa en Veracruz, en Noviembre de 1861. Los actos primero, segundo y cuarto en casa de Lola; el tercero en la casa de Diligencias.

ERRATAS MAS NOTABLES.

Pág.	lineas.	Dice.	Debe decir.
22	4	ingels,	ingles
47	21	ahí lo tienes,	ahí la tienes,
51	5	cuado	cuando
51	20	yo he obra	yo he obrado
81	8	francesa.	francesa.



ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Lola, amueblada con elegancia y sencillez. Puerta al fondo que conduce al exterior. Una lateral que conduce á las habitaciones de Lola y otra opuesta, al gabinete de D. Nicolas.

ESCENA I.

D. NICOLAS SOÑO, *sentado ante una mesa, donde habrá varias cartas y periódicos. En el momento de alzarse el telon, está leyendo un periódico.*

Pues Señor, las cosas se van poniendo de color castaño oscuro. Esta Lola es una muchacha mimada, acostumbrada á satisfacer todos sus caprichos, y que olvida el valor del dinero, cuando se trata de un traje, de un aderezo ó de una caridad; y lo peor es, que con el cariño entrañable que le tengo y que demasiado conoce, yo mismo me he vuelto loco y no sé nunca negarle nada.—Su padre que la idolatraba, me dejó de albacea en su testamento y encargado de sus negocios, que por cierto están bastante em-

brollados, no porque no puedan arreglarse, sino porque pingües como son las rentas, apenas bastan para los gastos de esta loquilla de Lola. Hasta ahora, las cosas han podido marchar, merced á que, pagando fuertes usuras y accediendo á todas las exageradas pretensiones de los acreedores, aunque con grandes sacrificios, he logrado quitármelos de encima; pero esto no puede ya durar, y en cada buque que llega de Europa, se me figura ver aparecer á alguno de los acreedores de Inglaterra, Francia ó España, ó acaso á todos juntos; y á la verdad que esta idea me mortifica en extremo. Ahora, por ejemplo, acabo de leer la lista de pasajeros venidos por el "Trent," y no sé por qué estoy inquieto. No he recibido por este paquete cartas de las casas acreedoras y esto me dá mala espina. ¡Si Lola quisiera arreglarse! con un par de años de economías saldriamos de apuros; pero ¡bah! eso sería predicar en desierto. Sin embargo, será necesario tratar de poner remedio... pero alguien viene.....

ESCENA II.

D. NICOLAS, D. FACUNDO.

Nicolas.—¡Hola! Sr. D. Facundo, ¿cómo vamos? ¿qué buenos vientos le traen á U. por aquí?

Facundo.—¿Cómo vamos D. Nicolas? ¿Dónde está la loquilla de mi sobrina? Sin duda paseando, recorriendo las tiendas y los almacenes, para venir á casa cargada de zarandajas, que una vez compradas, se quedarán guardadas en los roperos ó las dará á alguna amiguilla ó á al-

guna pobre. Esto ha de acabar mal, D. Nicolas. Bien se lo decia yo al difunto Leandro: esa educacion que das á tu hija, ha de traerte frutos muy amargos. ¡Qué es eso de enseñar á las jóvenes del día, francés, inglés, música, dibujo, historia, geografía y qué se yo cuantas sandeces! ¡Jesus, María y José! ¡Qué tiempos D. Nicolas! ¡con razon anda el mundo como anda! La religion se pierde, las buenas costumbres desaparecen, se pone en duda el poder temporal del Papa! ¿Pero qué debemos estrañar, despues de haber visto los horrores que han hecho los malditos liberales en esta desgraciada República? ¿Quién conociera á la antigua Nueva España, en esta hoy perdida Nacion? ¡Ay de mis tiempos, en que la salud del Rey. Nuestro Señor era la noticia mas importante para nosotros, en que ni siquiera se oía hablar de igualdad, de garantías individuales, de libertad de concienal.....

Nicolas.—Vamos, Sr. D. Facundo, que llega U. hoy muy mohino contra los liberales, y ya ha olvidado U. qué venia á preguntar por su sobrina.

Facundo.—Mohino yo! no por cierto. ¿Ya sabe V. que por fin, las aberraciones de los liberales han llegado á tal grado, que las Naciones occidentales de Europa, han resuelto impedir que este pais se acabe de hundir en la barbarie; que con una generosidad, sin ejemplo en la historia, vienen aqui á gastar su dinero, á sacrificar la vida de sus soldados para hacernos felices? Si, muy pronto recobrará nuestra santa religion todo su esplendor; los impios recibirán el castigo de sus crímenes y volverán á lucir para México los dias venturosos del orden, de una autoridad fuerte y respetada, de.....

Nicolas.—¡Cómo, Sr. D. Facundo, puede U. hablar así! Yo poco entiendo de política; hasta hoy metido en mis libros y apuntes, solo sé de Debe y Haber, de Pagarés, Plazos, Libranzas pero siempre me parece muy extraño, que un mexicano, sea del partido que fuere, se exprese como U. lo hace. ¿Quién puede creer que Francia, Inglaterra y España, vengán á gastar millones, solo, como U. dice con tanto candor, para hacernos felices? Yo espero que no todos tendrán el candor que U. tiene ó aparenta, y que nuestros benefactores encontrarán que no está la breva tan madura como se figuran. Si hay algunos mexicanos que desean y se alegran de la tal intervencion, muchos, la gran mayoría, no se han de prestar de tan buen grado á que los hagan dichosos; y las tres potencias, que no tienen á menos venir á imponer la ley á una nacion tan débil como la nuestra, verán que no contaban con la huéspedada y que la empresa no es tan fácil como se las habian pintado algunos hijos espurios de México.

Facundo.—¿Con que tambien U., Sr. D. Nicolas, se ha inficionado con esas malditas doctrinas? ¿Tambien U. quiere que la impiedad reemplace nuestra santa religion, Católica. Apostólica, Romana? ¿Tambien U. prefiere que

Nicolas.—Ya he dicho que no entiendo de política. Pero soy mexicano, y prefiero la independencia de mi patria, desgraciada como ha sido y desgarrada por sus guerras civiles, á que nos vengán á mandar Franceses, Ingleses ó Españoles.—Mas basta de este asunto y volvamos á Lola, que es la que ahora me tiene pensativo y meditabundo.

Facundo.—¿Qué hay pues de Lola? ¿Nue-

vos gastos, nuevos despilfarros? Bien le decia yo al difunto Leandro: enséñale á tu hija el padre Ripalda, la costura, á hacer dulces, á frecuentar los Sacramentos Nada de fruslerias, nada de modas, nada de literatura moderna; todo esto es la perdicion de las jóvenes.

Nicolas.—Pero, Señor, nada adelantamos con sermonear; lo que hay que hacer es arreglar los negocios de Lola. Ella es una muchacha encantadora, con un excelente corazon y brillantes cualidades. Mas gasta en otros que en sí, mas dá á los pobres, á sus parientes y amigas, que lo que tira en trajes y alhajas.

Facundo.—U. la mima demasiado, D. Nicolas.

Nicolas.—No, señor, la reprendo; y cuando le hago algunas advertencias, conoce que tengo razon, me la dá, ofrece enmendarse y me pide perdon de sus gastos; pero á la media hora, ¡anda vetel! Viene la tia Ramona y “Nicolas, dame cinco onzas para esta pobre tia.” Viene cualquiera aventurera y le cuenta alguna lastimosa historia, de cuatro hijos en la miseria, de que no tiene que comer, y le dá todo el dinero que trae en el bolsillo, sus vestidos, &c. Y despues, este traje tan bonito, aquel aderezo tan elegante en fin, no puedo dar abasto á lo que gasta esta chiquilla.

Facundo.—Es necesario ponérsele serio, regañarla.

Nicolas.—Si, señor; pero lo peor es que tiene un modito, una zalameria, unas miradas; me conoce tan bien el lado flaco, que me es imposible negarle nada.

Facundo.—Esa debilidad de U. la pierde.

Nicolas.—Bien lo conozco. Yo quisiera, Sr. D. Facundo, que U. me ayudase, que me la

aconsejase. Ella quiere mucho á su tío D. Antonio, y á él sí lo considera; pero D. Antonio está muy disgustado por sus amores con el excelente calavera de Pepe. Ultimamente ha venido poco á casa, y eso entrada por salida.—Vamos, Sr. D. Facundo, ayúdeme U. Casualmente aquí viene, (*Se oye la voz de Lola fuera*) oigo ya su voz alegre. Sobre todo, no me la regañe U., trátemela con dulzura, con amabilidad, con prudencia, porque de lo contrario nada adelantamos.

Facundo.—Confíe U. en mí. Verá U. como no se resiste á mi elocuencia, y si se resiste, tanto peor para ella; será muchacha perdida.

ESCENA III.

LOS MISMOS. LOLA entra seguida de varios criados cargados de cajas de carton, llenas de trajes, &c. Ella trae tambien en las manos algunas cajitas de alhajas.

Lola.—Buenos días, señores. ¿Cómo le va á U., querido tío? ¿Qué dicen esos malditos liberales que tanto le hacen renegar?—¿Cómo estás, mi buen Nicolás? No te asustes al ver todas estas cajas y sobre todo, no vayas tomando esa carita triste, porque prefiero que me regañes.

Facundo.—Y hará muy bien de regañarte. Su debilidad y estremado cariño te están perdiendo. No es así como se trata á las señoritas de tu edad, y si vieras cuan derechas andan mis hijas en casa!

Lola.—Vamos, tío, no verga U. á insurreccionar á mi buen Nicolás.

Facundo.—Sí, señorita, ya es tiempo de que esto concluya. Por haber U. hecho siempre su

voluntad, en vida del débil de Leandro y seguirla haciendo, abusando del cariño de D. Nicolás...

Lola.—(Parece que va de serio) Espere U. al menos, tío, saber de qué se trata. Todas estas cajas que U. ve, apenas valdrán 1000 ó 1500 pesos, pues, á la verdad, tomé en las tiendas lo que me pareció, sin indagar los precios. Ya será tiempo de saberlo, cuando los mercaderes traigan las cuentas á mi excelente Nicolás. Y á propósito Nicolás.....

Nicolas.—¿Qué se te ofrece, Lola?

Lola.—Al pasar por la casa de la tía Ramona, entré á saludarla, me contó todas sus cuitas y las de unas vecinas suyas, que se han quedado solas en el mundo, habiendo muerto en la guerra un hermano que tenían y era todo su amparo. A la tía, ofrecí mandarle en el acto un socorro para ella y tambien algo para aquellas pobres mugeres. Ya ves, pues, que no he perdido la mañana. (*D. Nicolás se sienta á una de las mesas y sigue leyendo algunos papeles.*)

Facundo.—Excelente mañana en efecto, señorita. Con muchas mañanas como esta, ya verá U. qué tarde se le espera en la vida. Muy buena es la caridad, pero con discrecion, informándose antes de la verdadera necesidad de las personas á quienes se favorece.....

Lola.—¿Ya me va U. á decir que se necesita levantar informacion y formar expediente para cada peso que se dá? Entonces, tío, pasa la oportunidad, y sabria uno tantas cosas.....

Facundo.—Que no tendrías el gusto de dar á todos los que te piden, ¿no es así, sobrina?

Lola.—No digo eso, pero cuando alguien pide, es porque lo necesita. Sobre todo, ya me enmendaré; mas por ahora forzoso es cumplir lo que he ofrecido.

Facundo.—Esas promesas, hechas por tu inexperiencia, no se cumplen. Si quieres hacer caridades, otros medios hay de hacerlas. Dale un tanto al mes á tu padre confesor, para que él, con tino, con prudencia y conocimiento del mundo, lo distribuya entre los verdaderamente necesitados.

Lola.—Tio, tio, ¿y el placer de dar? ¿El placer de ver la felicidad, donde antes habia hambre, miseria, lágrimas?

Facundo.—Ta, ta, ta, señorita. Para todo tiene U. razones y nunca se ha de quedar callada. Es necesario que al fin comprenda U. su situacion. Las locuras, los gastos extremados, han comprometido demasiado tu fortuna, y si esto sigue, en vez de dar, mañana tendrás que pedir, y verás como en el mundo, hay mas pediguéños que dadivosos. Y no tan sólo en esto has de cambiar de vida, en otras muchas cosas: ¿qué libertad es esa? ¿cómo sales tú sola y vas á dónde te parece, sin cuidarte del qué dirán? Tus amores con ese calavera de Pepe.....

Lola.—Soy dueña de mis acciones y de mi corazon, y mi conciencia tranquila no teme las calumnias, ni las críticas del mundo.

Facundo.—No, Lola, haces muy mal. El mundo tiene razon: la muger debe vivir en su casa, entregada á sus quehaceres domésticos; no debes salir mas que á misa y entonces, acompañada de alguna persona de respeto. Algunas visitas á personas de edad, de reputacion intachable, de principios severos. Despreciar á esos mozalvetes como Pepe; no dar un paso sin consultarlo con tu consejero espiritual.....

Lola.—Entonces, tio, haga U. cuenta que me declaro tullida, porque en cuanto á ver al

padre, cumplo con lo que la Iglesia manda una vez al año y.....

Facundo.—¡Dios mío! ¿Qué estás diciendo, muchacha? ¿Tú tambien te rebelas, tú tambien estás ya inficionada con esas perniciosas ideas, tú tambien.....? ¡Jesus! ¡qué tiempos! con esas doctrinas caminamos á la disolucion social, á la pérdida de la familia, de la moral, y, sobre todo, de nuestra santa religion! ¡Cuánto antes que venga esa intervencion, que nos ha de sacar del abismo! ¡Sí, que vengan esas naciones generosas! demasiado tiempo se ha perdido, y si tardan no llegarán ya con oportunidad.

Lola.—Vamos, tio, ya comenzó el sermon sobre su tema favorito. U. queda aquí, con mi buen Nicolas; yo tengo quehacer porque me espera una pobre enferma. (*Va á salir y vuelve.*) Ya se me habia olvidado con estos regaños. Mira, Nicolas, te compré este prendedor, que es de muy buen gusto y de poco precio. (*Dándole una cajita.*) Y U., tio, escoja entre esos trages, que son de última moda, los que le gusten para mis primitas.

Nicolas.—¡Prendedores para mí, Lola! ¿Para qué los quiero yo, pobre viejo?

Facundo.—¡Vaya! si es necesario darle gusto á esta loquilla (*Se pone á escoger los trages*).

Lola.—Hasta luego, tio. Hasta luego, Nicolas. (*Sale*).

ESCENA IV.

D. NICOLAS, D. FACUNDO.

Facundo.—(*Que ha escogido ya varios trages*). Yo tambien me voy, porque hace ya lar-

go rato que he dejado á las chicas solas y no debe ser así. Sr. D. Nicolás.

Nicolas.—Para servir á U., Sr. D. Facundo. Siento que la predicacion de U. no haya surtido mejor efecto.

Facundo.—Ya volveré á la carga.—Mandaré por estas cajas. (*Váse*).

ESCENA V.

D. NICOLAS, PEDRO.

Pedro.—Sr. D. Nicolas, un caballero, que por el modo de hablar parece español, desea ver á U.

Nicolas.—¿Español? ¿No lo conoces? ¿Te ha dicho su nombre?

Pedro.—No, señor, no lo conozco. Debe ser nuevo en la ciudad. Me ha entregado esta tarjeta.

Nicolas.—(*Leyendo la tarjeta*). D. Donaciano Leon de Castilla. ¡Vaya un nombre altisonante! No sé por qué temo. (*Al criado*) Que entre. (*Sale el criado*).

ESCENA VI.

D. NICOLAS, D. DONACIANO.

Donaciano.—¿El Sr. D. Nicolas Molina. . . . ?

Nicolas.—Servidor de U. caballero.

Donaciano.—Por una tarjeta que he entregado al criado.

Nicolas.—Veo que es U. el Sr. D. Donacia-

no Leon de Castilla. Muy señor mio. (*Le acerca una silla*) ¿Y á qué debo el honor de esta visita?

Donaciano.—Soy socio y apoderado de la casa de Alvarez y C.^ª de Cádiz, y U. como encargado de la testamentaria del finado D. Leandro Rubio, comprenderá cual es el objeto de mi visita.

Nicolas.—(Me lo temia.) Supongo, caballero, que comprendo.

Donaciano.—No hay, pues, que perder tiempo en preámbulos. Yo soy así, pan, pan, vino, vino. Al negocio. El difunto Sr. D. Leandro, adeudaba á mi casa de Cádiz, 120 y tantos mil pesos, valor al 31 de Octubre próximo pasado, segun lo demuestran los documentos que presento á U. (*Le entrega unos papeles*).

Nicolas.—¡120 y tantos mil pesos. . . . ! U. debe padecer una equivocacion. Segun los libros de la testamentaria, la cuenta solo asciende á 80 y tantos mil pesos y la diferencia es demasiado notable.

Donaciano.—¿Y los réditos? ¿Y los cambios, señor? ¿Y los perjuicios que se nos han originado, por la demora en el pago, perjuicios que segun promesa explícita del difunto, en cartas que obran en nuestro poder, estaba comprometido á pagarnos?

Nicolas.—Pero permítame U. le diga que 40 y tantos mil pesos de diferencia, es suma que jamás podrá justificarse.

Donaciano.—La cuenta está liquidada. Impóngase U. de los documentos que he puesto en sus manos, y en ellos encontrará U. todo lo que pueda apetecer. Los compromisos del difunto son solemnes y la testamentaria tiene que cumplirlos.—Yo no tengo tiempo que perder y me gusta llevar los negocios al trote. Espero que

se servirá U. decirme cuándo puedo ocurrir por el saldo de nuestra cuenta. Deseo aprovechar el próximo vapor, para embarcar mis fondos, y de no ser así, por penoso que me sea, tomaré providencias que podrán serle á U. desagradables.

Nicolas.—(Con calma) Veo que efectivamente, es U. muy expeditivo; pero negocios de esta importancia, no se tratan tan á la ligera...

Donaciano.—(Interrumpiéndolo.) Yo así trato los negocios. O se me paga lo que reclamo, todo lo que reclamo, sin deducción de un solo centavo, ó.....

ESCENA VII.

LOS MISMOS, PEDRO.

Pedro.—Un caballero extranjero desea hablar con U. D. *Nicolas.* (Le entrega una tarjeta).

Nicolas.—(Leyendo.) Mr. Napoleon Blaguefort. (Este es otro; parece que se han dado cita). (Al criado.) Que pase. (Sale el criado.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, NAPOLEON BLAGUEFORT. (*Nicolas se adelanta á recibirlo.*)

Blaguefort.—(Acento francés.) Yo supongo tener el honor de hablar á Monsieur Molina... Tengo el honor de saludar á U. Sr. (*Nicolas le indica un asiento. Blaguefort se inclina ante D. Donaciano.*)

Nicolas.—Servidor de U. Tome U. asiento. (*Se sientan.*)

Donaciano.—(Pocos minutos le saqué de ventaja. Veré si obramos de acuerdo ó nó.)

Blaguefort.—Yo estaria penadisimo de haber interrumpido á vv. señores, y crean vv. que si no fuera por negocios de mucha magnitud, yo no me atreveria á molestar por mas tiempo; pero, entre hombres de negocios, los negocios antes que todo (*Sacando una cartera.*)

Donaciano.—(A Blaguefort) Hable V. Sr. En efecto, entre hombres de negocios, los negocios ántes que todo.

Blaguefort.—Pues Sr. de Molina, haré uso de la bondadosa permision de vv.—Soy representante de la casa de Moulins y C.^ª de Paris, y si U. se toma la molestia, puede imponerse de mis poderes. [*Le entrega un pliego*] No dudo que U. los hallará en toda forma.—Por las cuentas, facturas y demas documentos, que tengo el placer de presentar á U., verá U. que mis representados son acreedores á la casa del finado Sr. Rubio—D. Leandro—de la importantísima suma de 62,428 francos 25 céntimos de franco, por principal de varias facturas de perfumería, guantes, sombreros de señora, trages de idem, intereses, cambios, perjuicios y daños originados por la falta de cumplimiento en el pago. Esta suma es exigible ejecutivamente, y con gran dolor mio, pues la casa de Moulins y C.^ª me dijo al partir por toda instruccion “Haga U. pronto y bien” me veo en la imperosa necesidad...

Nicolas.—Mr. Blaguefort, segun veo, los intereses, cambios, perjuicios y daños, han triplicado el capital. Las facturas, segun los libros de la casa, apénas ascendian á unos 3 ó

4,000 pesos, por varias frioleras para la hija de D. Leandro.

Blaguefort.—¡Oh señor! ¡U. llama frioleras sumas de esta importancia! Los perjuicios que se nos han seguido, por la falta de remesa de esos fondos, son enormes. Nosotros teníamos pensado tomar acciones en una empresa para la explotación de las pieles de los leones y los tigres del Monte Atlas. Las ganancias debían y deberán, en toda seguridad, ser fabulosas, y en justicia, la testamentaria nos es responsable de las utilidades que hubieran debido correspondernos.

Nicolas.—¿Y cuántos dividendos ha hecho la compañía? permítame U. que se lo pregunte, porque si los dividendos son como los de Mr. Mires.....

Blaguefort.—¡Oh Señor! Mr. Mires es un grande hombre..... desgraciado. Es verdad que la compañía, hasta hoy, no ha hecho ningunos dividendos; pero ellos son seguros, matemáticos, infalibles, y U. puede ver por los prospectos.....(*Buscándose en los bolsillos de la levita.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, PEDRO.

Pedro.—Un señor, que por el traje y acento parece inglés, pregunta por U., Sr. D. Nicolas, y me ha dado esta tarjeta.

Nicolas.—(*Leyendo*) Mr. William Printseller....(Concurso de acreedores tenemos... ¡Al mal paso darle prisa!) Dile que pase. (*Al criado que sale.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, MR. PRINTSELLER.

Printseller.—Mr. Molina. (*Acento inglés.*)

Nicolas.—Servidor de U. (*Le ofrece un asiento.*)

Printseller.—William Printseller, socio y apoderado de la casa Sterling y C^ª de Liverpool, tenedor de letras de la misma por 42,000 libras esterlinas, contra la testamentaria de Leandro Rubio; servidor de U. (*Le entrega unos papeles.*)

Donaciano.—[*A Blaguefort*] (Vaya un lacónismo!).

Blaguefort.—[*A Donaciano*] ¡Qué falta de maneras, de urbanidad! ¡¡Al fin inglés!! La importancia, verdaderamente importante de la suma, exigía mas "*savoir vivre*").

Nicolas.—Permítame U., caballero, que examine estos papeles y dentro de algunos dias...

Printseller.—Yo no espero; protesto.

Nicolas.—Pero, señor, la suma que U. reclama no está del todo liquidada.

Printseller.—Yo no admito observaciones; paga U. ó protesto. Mi casa ha sido demasado bondadosa y no puedo tolerar, por mas tiempo, que se burlen de ella. El ministro de S. M. B. y la escuadra de S. M., tienen ya instrucciones para obrar con toda energia y para exigir por la fuerza, si necesario fuere.....

Donaciano.—[*A Blaguefort*] (Parece que no siempre es tan lacónico.....)

Blaguefort.—[*A Donaciano*] (¡¡Magnífico auxiliar!!).

Nicolas.—No comprendo lo que el gobierno de S. M. tenga que hacer en esto.

Printseller.—¡Oh! no es necesario que U. comprenda. ¿Cuándo me serán entregadas mis 42,000 libras esterlinas y sus réditos?

ESCENA XI.

LOS MISMOS, LOLA.

(Nicolas al verla se dirige á ella.)

Nicolas.—Mi buena Lola, ¿qué vienes á hacer aquí? He pasado un rato amarguísimo. Vuélvete, vuélvete á tu aposento.

(Donaciano, Blaguefort, y Printseller la ven y se levantan.)

Lola.—(A Nicolas.) Nó, Nicolas, algo he oído de lo que aquí pasaba, y ya que gran parte de culpa tengo yo de lo que estás sufriendo, vengo en tu ayuda. [Se adelanta y se dirige á los demás; ellos se inclinan, y permanecen en pié.]

Nicolas.—[Presentándola.] Señores, Doña Dolores Rubio, hija única del finado Sr. D. Leandro.—Lola, [Dirigiéndose á Donaciano.] El Sr. D. Donaciano Leon de Castilla.

Donaciano.—[Inclinándose.] A los piés de U. Señorita. [¡Guapa chica!]

Nicolas.—[Continuando.] Mr. Napoleon Blaguefort.

Blaguefort.—[Inclinándose] Su humilde servidor. [¡Que bella muger!]

Nicolas.—[Continuando] Mr. William Printseller.

Printseller.—[Inclinándose] Señorita. [¡Oh! ¡hermosa! ¡hermosa!]

Lola.—Tengan vv. la bondad de sentarse, caballeros.

Menos Nicolas, se sientan todos; Lola en el centro.]

Nicolas.—Señores, con permiso de vv. comienzo á examinar estos papeles. [Se sienta á la mesa y hojea papeles].

Lola.—Caballeros, mucho gusto tengo de conoceros. Sin duda estais recién llegados á la República y venis á visitar nuestro pobre país, tan hermoso y poco conocido en Europa.

Donaciano.—(Con amabilidad) ¿Qué española, señorita, no conoce á la antigua Nueva-España?

Lola.—Algo mas la conocen sus paisanos, caballero, que los otros hijos de Europa. Sin embargo, del México del año de 21, que es el que conoce la mayoría de los españoles, al México de hoy dia, hay su diferencia.

Blaguefort.—Señorita, todos hemos leído del hermoso México, del cielo azul, del admirable cielo de los trópicos, de sus lindas mugeres de color de bronce y ojos de fuego y pié enano... y sobre todo de sus riquísimas minas de oro y plata. Todos sabemos que es un magnífico mercado para nuestros artículos de Paris, de modas, de perfumeria y de lujo. Es gran lástima que un tan hermoso país esté entregado á la anarquía; se puede decir, á la barbarie. Bajo un gobierno fuerte, verdaderamente religioso y liberal.....

Lola.—¿Liberal como el de Francia? Déjenos U. con nuestra anarquía.—Y U., Mr. Printseller, ¿qué idea tiene U. de México?

Printseller.—¡Oh Señorita! Inglaterra sabe que México consume mas de dos millones de libras esterlinas, de productos ingleses, al año, y

esto le basta. Nosotros no vemos los países mas que bajo el punto de vista comercial.

Lola.—¿Cómo puede U. decirme eso? El grande, el poderoso pueblo inglés, no ocuparse mas que de unos cuantos tercios de indianas ó platillas!! No, no puede ser.

Blaguefort.—Y sin embargo, señorita, esa es la verdad. Inglaterra y los ingleses no son mas que puro mercantilismo; el señor lo ha dicho. Francia, la bella Francia ¡oh! eso es otra cosa. ¡La gran nación no ve mas que la gloria, la libertad de los pueblos, el adelantamiento de la humanidad!! Sus hijos no aman mas que las artes, las ciencias, el progreso social... y....
[Saludando á Lola] la hermosura.

Lola.—Eso dicen los escritores franceses, y hasta ahora, nos lo habian hecho creer; pero despues de haber visto lo que en Francia pasa, á todo ese gran pueblo, tan entusiasta, á los piés de un tirano, algo han cambiado nuestras opiniones.—Mas vv. se reirán de oír á una pobre mexicana, medio salvaje, hablar de esas cosas.

Donaciano.—[¡Sóplate esa, seo gabacho! No es lerda la mexicanilla].

Printseller.—[Parece que no son estúpidas todas las mexicanas].

Blaguefort.—[Es verdaderamente espiritual]. ¡Oh! Señorita, en todo hay excepciones. Es cierto que en Francia no tenemos la mas alta idea de los mexicanos, pero al ver, al oír á U. me persuado de que puede haber gracia y hermosura, hasta en los países mas incultos.

Lola.—Está U., caballero, en un error, de que muy pronto lo sacarán mis paisanas. Yo no soy ninguna excepcion, y en cualquiera casa mexicana que U. visite, encontrará U. mugeres mas hermosas que yo, y si no tan vivas y gracio-

sas como las parisienses, acaso con otras cualidades que las parisienses les envidiarían, y que contribuyen á la felicidad del hogar doméstico, mas que otras de mayor lucimiento y que deslumbran mas.

Blaguefort.—Yo no puedo creer lo que U. me dice, señorita. Nosotros tenemos periódicos muy ilustrados, revistas escritas por autores eminentes, viages de hombres célebres; por estas obras conocemos la sociedad mexicana. U. no es, no puede ser mas que una excepcion; una adorable excepcion.

Lola.—Insisto en que está U. en un error; y la galanteria de U. hacia mi no puede hacerme olvidar lo que su calificacion encierra de ofensivo para mis paisanas. U. se convencerá, cuando conozca algo el país, de que esas revistas, esos periódicos, esos viages de que U. me habla, contienen mas embustes que lineas.

Blaguefort.—¡Oh Señorita! es U. muy cruel.

Lola.—Escritas esas obras por personas que han visto el país, como alguno ha dicho, desde el estribo de un coche, y con la ligereza francesa—U. me perdonará esta calificacion; es un elogio que vv. se hacen á sí mismos—escritos esos viages, por personas que ni han sido admitidas en nuestra buena sociedad, hablan de lo que no conocen, pintan lo que no han visto, y juzgan de lo que no entienden.

Blaguefort.—Señorita, señorita, creo que U. habla con dureza muy grande.

Lola.—Tal vez sea dura mi calificacion, pero dia vendrá en que U. mismo juzgue como yo, ó mas severamente que yo, si es que, como otros muchos, no vé U. nuestras cosas, nuestros hombres, y nuestras costumbres al traves del prisma de preocupaciones adquiridas en esos

mismos libros, y de ideas preconcebidas. No recuerdo en cual de vuestros libros he leído que un viagero inglés, al pasar por Tours, al parar la diligencia en el patio de la posada, pidió, sin apearse del coche, una taza de café. La criada que se la trajo tenia el pelo rojo: tomó el inglés su café: partió de nuevo la diligencia: sacó el viajero su cartera de apuntes de viage, y escribió en ella: "¡¡En Tours todas las mugeres tienen el pelo rojo!!" Así es como casi todos los escritores extrangeros han juzgado á mi pobre México.

Printseller.—[*Muy sério.*] Esa chocarrería es muy francesa; es lo que ellos llaman "esprit", "esprit" que á mi no me hace reír.

Blaguefort.—No es extraño; los ingleses nunca se rien.

Lola.—[*A Printseller.*] Por desgracia no tan solo los escritores franceses han incurrido en tan crasos errores, al hablar de México. Los reflexivos, los meditabundos y juiciosos ingleses los han cometido no ménos grandes. [*A Donaciano*] Y nuestros hermanos de allende el Atlántico, también, también, Sr. D. Donaciano.

Donaciano.—[Esta chiquilla para todos tiene y lo peor es, que me cae muy en gracia]. Será cierto, señorita, no lo dudo, pero no tanto como los paisanos de estos señores.

Lola.—Es verdad; al fin, somos casi una familia; sin embargo, algo tengo que quejarme de España, pero de nadie, de nadie como de Francia.

Blaguefort.—La galantería nos hace un deber á los hombres de estar siempre de la opinion de las damas. Yo arrió mi pabellon.

Donaciano.—[¡Canta, canta la palinodia, gachol!]

Lola.—No me halaga victoria que solo la galantería me dá; quisiera que mis razones fueran las convincentes, y no mi calidad de dama. Mas, hablando de otras cosas, Veracruz os habrá parecido muy triste ¿no es verdad? No vayais á juzgar á la República por nuestro pobre Veracruz. [*D. Nicolas se levanta y ocupa un asiento cerca de Printseller*].

Blaguefort.—Si no fuera por el vómito prieto. . . . Yo pienso marchar pronto á la Capital, pero tengo un miedo horrible á los ladrones; y dicen que nadie escapa, sin ser robado y asesinado. ¡Oh! ¡eso es horrible!

Nicolas.—Si esto fuera cierto, caballero, no existirían en la República millares de extrangeros, ni hubieran vuelto muchos de ellos ricos á Europa, habiendo venido al país sin mas patrimonio que sus brazos y su industria.—No estan bravo el leon como lo pintan, señores. México no es conocido en el extrangero; mas aun, se le calumnia injusta é ingratamente; digo ingratamente, porque todos los extrangeros que lo habitan ó lo han habitado, han hecho en él su fortuna ó la estan haciendo.—Más es ya tiempo de que diga á Lola la mision de vv., señores.—[*A Lola.*] Estos caballeros son los representantes de los acreedores de tu padre en Europa, y piden ejecutivamente el pago de lo que se les adeudada.

Lola.—[*Con dignidad.*] No dudo, señores, de vuestra caballerosidad y galantería, que tres hombres fuertes, representantes de casas poderosas, tendrán hácia una pobre huérfana, desvalida, las consideraciones que su sexo y debilidad tienen derecho á esperar.—Bienes sobrados hay para pagaros, segun mi buen Nicolas me ha dicho.—Por la conducta observada por mi padre,

acaso demasiado generosa, conoceréis que unos cuantos miles de pesos, mas ó ménos, no nos hacen mucho al caso. Si algo habeis tardado, y tardareis aun, en recibir vuestros fondos, las utilidades que de esta tardanza sacais os compensan con usura la demora. Espero que no seréis demasiado duros con Nicolas, pues con él tendréis que entenderos. Con él las cuentas, conmigo... conmigo podréis contar, como amiga vuestra; mi casa está á vuestra disposicion y tendré mucho gusto en veros en ella. Caballeros, os dejo solos con Nicolas. (*Vase. La acompaña Nicolas.*)

ESCENA XII.

DICHOS, MENOS LOLA.

Donaciano—(¡Guapa, guapa chica! Despues de todo, no hacen tan mal mis paisanos en casarse con mexicanas.)

Printseller—[Yo creo que esta jóven bien vale una inglesa. Yo creo que me gusta. No serémos por ahora demasiado exigentes.]

Blaguefort—[¡Oh! ¡*Charmante*, encantadora! Ella vale más que mis 62,000 francos! Yo no soy mal mozo, y la galantería, la amabilidad francesa son proverbiales. No séamos muy tiranos.]

Donaciano—[*A Nicolas que ha vuelto de acompañar á Lola.*] Me retiro Sr. D. Nicolas. Ya sabe U. que yo pan, pan, vino, vino; no será difícil que nos arreglemos, pero recomiendo á U. que reflexione que cualquier arreglo que tengamos ha de ser con garantías verdaderas y una compensacion equivalente. Estoy para servir á vv. señores. . . . [*Inclinándose ante Printseller y Blaguefort.*]

Nicolas.—A las órdenes de U., caballero. (*Donaciano sale y Nicolas lo acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, MENOS D. DONACIANO.

Printseller.—(*A Nicolas*) Examine U., Sr. Molina, mis documentos. Volveré; adios. (*Al salir se inclina ante Blaguefort.*)

Nicolas.—Sr. D. Guillermo, servidor de U. (*Lo acompaña.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, MENOS PRINTSELLER.

Blaguefort.—Señor de Molina, aunque mi casa tendrá que sufrir perjuicios enormisimos del retardo en el pago de los 62,428 francos 25 céntimos que nos adeuda la testamentaria, U. sabe que el genio francés se distingue por su inmensa facilidad de invencion. Ya ha nacido en mi imaginacion, y bulle en ella, un proyecto que todo lo allana, y en el cual se interesa acaso la felicidad de la encantadora Lola, que es digna de ser parisiense, por su hermosura, talento y amabilidad. Le dejo á U. todos los documentos. No le haré á U. la injuria de pedirle me fije un plazo perentorio para el pago; daré pronto la vuelta, como amigo de la simpática Lola, y, como hombre de negocios, no molestaré á U. mucho. Tengo el honor de ofrecerme á sus órdenes.

Nicolas.—Beso á U. las manos. (*Váse Blaquefort; lo acompaña Nicolas hasta la puerta.*)

ESCENA XV.

NICOLAS, SOLO.

Vamos á acabar de examinar estas cuentas.— ¡Pobre Leandro! ¡á dónde te llevaron tu prodigalidad, tu incuria para arreglar tus negocios y tu imprevisora generosidad para sacrificarte, con tal de que te dejaran en paz! ¡Pobre, pobre Lola! (*Medita un rato.*) No deja de sorprenderme el lenguaje de estos hombres, poco há tan exigentes y altaneros y al despedirse casi amables. Algo se prepara. ¡¡Pobre, pobre Lola!



ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA I.

DON FACUNDO, SOLO.

Muy ocupado parece que está D. Nicolas. Seguramente algun fundamento tienen los rumores que circulan, y ha llegado el dia en que van á dar su fruto las locuras de mi difunto pariente y la pésima educacion de mi loquilla sobrina.—Si, al ménos, al morir Leandro, ya que tantas locuras habia hecho en vida, hubiérame dejado de albacea, en lugar de este bonachon de Nicolas, que solo sabe complacer á Lola, otro aspecto guardaria hoy su hacienda. Es verdad que Nicolas es hombre honrado á toda prueba, inteligente en negocios, activo; pero á la vez, es tibio en sus prácticas religiosas, tibio en política, y para él no hay más que sus libros, su es-